

CAPÍTULO XIV

Inacción de Liñán, general en jefe del ejército destinado á operar en el Sur. — Disuelve el gobierno á este ejército al saber el alzamiento de las tropas de Jalapa y el *Bajío*. — Vuelven á la capital los cuerpos que lo formaron. — Excursión de Márquez Donayo á Zacualpan (9 y 10 de abril de 1821). — Expedición estéril del comandante realista don Francisco Salazar á Sultepec. — Pronúnciase Inclán en Lerma á favor de la independencia. — Es hecho prisionero por el capitán Henríquez. — Marcha el teniente coronel don José Joaquín de Herrera contra la provincia de Puebla. — Ocupa la ciudad de Tepeaca (17 de abril). — Movimientos de don Nicolás Bravo que se sitúa en Huamantla. — Bravo se incorpora á las tropas de Herrera en esta población. — Hevia al frente de una fuerte división se presenta á la vista de Tepeaca (22 de abril). — Sangrienta acción que obliga á los independientes á retirarse (26 de abril). — Son seguidos de cerca por la división de Hevia. — Sepáranse en Rinconada Bravo y Herrera. — Este último prosigue su retirada hasta Córdoba y entra en esta villa el 12 de mayo (1821). — Decisión de los cordobeses para contribuir á la defensa. — Expedición feliz de Santa Anna contra el puerto de Alvarado. — Se apresura á marchar en auxilio de Herrera. — Este es atacado vigorosamente por Hevia. — Muerte de este odioso y sanguinario jefe realista (16 de mayo). — Brava resistencia de los independientes y vecinos de Córdoba. — Retíranse los realistas á Orizaba y son vivamente perseguidos por Santa Anna. — Dirígese este jefe á Jalapa, y ataca esta villa. — Capitulación del comandante realista Horbegoso (28 de mayo). — Rápidos progresos de la revolución en el resto de la provincia de Veracruz. — Reaparición y proclama del general don Guadalupe Victoria. — Santa Anna lo da á reconocer como jefe superior en la provincia. — Iturbide en el interior. — Proclama de Quintanar, comandante militar realista en Valladolid. — Iturbide llega á León (1.º de mayo). — Su proclama á los españoles. — Sus negociaciones para avistarse con el mariscal Cruz. — Entrevista de estos dos personajes en la hacienda de San Antonio (8 de mayo). — Propone Cruz un armisticio de dos meses. — Igual proposición hecha algunos días antes por Negrete. — Rehusa Iturbide admitir esas propuestas. — Solicita la mediación de Cruz para entrar en negociaciones con el virey. — Resultado final de la entrevista. — Apodaca rechaza todo proyecto de avenimiento. — Dirígese Iturbide á Valladolid. — Intimación que envía desde Huaniqueo al coronel Quintanar y al ayuntamiento (12 de mayo). — Ocupan sus tropas el pueblo de Tarimbaro y las haciendas del Colegio y de Guadalupe. — Barragán y Parres se sitúan con sus respectivas secciones al sur y al este de Valladolid. — Contestación de Quintanar (14 de mayo). — Comisión enviada por el ayuntamiento. — Deserción de las tropas realistas. — Proposiciones de Iturbide (16 de mayo). — Comunicaciones cambiadas entre este jefe y Quintanar. — Ocupa Iturbide el convento de San Diego. — Pásase Quintanar á los independientes (19 de mayo). — Capitulación de Valladolid (20 de mayo). — Salida de la guarnición. — Valioso material de guerra que reciben los independientes. — Entra Iturbide en Valladolid (22 de mayo). — Recibenle con grande entusiasmo los habitantes. — Algunas disposiciones militares que dicta Iturbide en esa ciudad. — Alzamiento del doctor Magos á favor del Plan de Iguala en las sierras de Huichapam y Zimapán. — Derrótao el coronel realista Novoa cerca de Ixmiquilpan (23 de mayo). — Marcha Márquez Donayo en auxilio de Acapulco. — Ordenes de Iturbide á Guerrero para que no sea hostilizado aquel jefe realista. — Entra Márquez Donayo en Acapulco (16 de mayo) y regresa inmediatamente á México por orden del gobierno vireinal. — Ataca Ascensio á Tetecala (2 de junio). — Muerte de este bravo campeón de la independencia (3 de junio). — Entra en México la división de Márquez Donayo (18 de junio). — Premios que le concede Apodaca.

Mientras Iturbide marchaba rápidamente hacia el *Bajío*, el mariscal de campo don Pascual de Liñán, comandante en jefe del ejército realista que se destinaba á operar en el Sur, permanecía en la hacienda de San Antonio sin apresurarse á avanzar hacia el rumbo en que más amenazadora aparecía la revolución. No fué culpable Apodaca de esta inacción que tuvo tan fatales consecuencias para la causa realista, pues que dió á Liñán órdenes reiteradas de que avanzase; pero este jefe, pretextando unas veces falta de artillería y pertrechos, de que inmediatamente se le proveía, y otras desconfianza de los oficiales y soldados que se hallaban bajo su mando, dejó pasar todo el mes de marzo, sin moverse de las cercanías de la capital.

La noticia que de la violenta marcha de Iturbide hacia el interior recibió el gobierno vireinal, y las más graves, referentes al alzamiento de las tropas del *Bajío*

y de Jalapa, obligaron á aquél á prescindir de la intentada expedición al Sur, y las tropas acampadas en San Antonio volvieron á la capital para ser dirigidas á los puntos que se creyó conveniente cubrir, en vista de los nuevos acontecimientos del interior y del Oriente. Sólo Márquez Donayo, al frente de la que fué vanguardia del ejército del Sur, permaneció algunos días en Cuernavaca, y en seguida avanzó hasta Taxco, con el propósito de sorprender á Pedro Ascensio, que se hallaba á la sazón en Zacualpan. Dividió para ello sus tropas en dos secciones, poniéndose al frente de una, y confiando la dirección de la otra al coronel don José Gabriel de Armijo, quien como se recordará había recibido nuevamente el cargo de comandante general del Sur. Estos jefes salieron de Taxco el 9 de abril con sus sendas divisiones, y marchando rápidamente hacia el norte, llegaron al día siguiente á Zacualpan sin encontrar á

Ascensio, que se había retirado anticipadamente á la vecina serranía de Sultepec, donde se unió con el padre Izquierdo, caudillo otra vez de las partidas que acababan de alzarse en aquel mineral. Márquez Donayo y Armijo, después de fatigar inútilmente á sus tropas y de dar muerte á algunos soldados de una avanzada enemiga, volvieron á su acantonamiento de Taxco.

Estéril fué también la expedición que emprendió pocos días después contra Sultepec el comandante realista de Ixtlahuaca don Francisco Salazar, seguido de trescientos hombres de caballería é infantería, pues los independientes abandonaron previamente sus posiciones, dejando á los realistas por único trofeo una bandera que había pertenecido al batallón de Santo Domingo, sustituida por éste con la bandera tricolor adoptada en Iguala. Esta fácil conquista fué enviada á la capital, y Apodaca mandó publicar en la orden del día del ejército sus disposiciones relativas á borrar aquel batallón de la lista de los cuerpos, declarando á sus jefes y oficiales rebeldes é indignos del nombre español y á que debían ser castigados severamente por las tropas que los aprehendiesen; exceptuábase á los soldados, que suponía el gobierno habían procedido engañados por sus superiores¹.

Al mismo tiempo que se perseguía en vano á los independientes en las serranías de Zacualpan y Sultepec, el capitán de urbanos de Lerma, don Ignacio Inclán, secundaba la revolución en esa ciudad (14 de abril), retirándose en seguida á los montes de la Gavia por haber salido en su persecución fuerzas realistas de México y Toluca; de allí pasó á la hacienda del Salitre, donde fué sorprendido y hecho prisionero con treinta y tres de los suyos por el capitán don Jorge Henríquez, quien se apoderó también de los caballos, armas y bagajes. «El virey, dice Alamán, condenó á Inclán á ocho años de obras públicas en el presidio de Acapulco, á los oficiales á seis, y á cuatro á los soldados, conmutando en estas penas la de muerte que habían merecido, y que en esta revolución el gobierno se abstuvo de imponer en ningún caso. Inclán permaneció preso por algunos días, hasta que el progreso de la revolución le proporcionó evadirse, y después de la independencia ha sido coronel del regimiento de Toluca y general de brigada de la República. A Henríquez concedió el virey el grado de teniente coronel, y á la tropa un escudo con el lema: «Por la prisión de los primeros anarquistas del año »de 1821,» mandando además se les distribuyese el valor de los efectos cogidos, á excepción de las armas.»

En el capítulo anterior hemos dejado al teniente coronel don José Joaquín de Herrera dueño de Córdoba, después de haber capitulado el comandante realista Alcocer (1.º de abril). Pocos días permaneció en esa villa el jefe independiente, y habiendo regresado á la de Orizaba, pidió á los vecinos un préstamo de veinticinco

mil pesos, entretanto se vendía una suma equivalente de tabaco, y los vecinos, convocados á junta por el ayuntamiento, entregaron desde luego diez y siete mil pesos. Herrera confió el mando de Orizaba á don José Martínez, y el 13 de abril salió de la villa con dirección á la provincia de Puebla. El general don Ciriaco del Llano, jefe de las armas realistas en ésta, previendo el movimiento de Herrera, había organizado una fuerte sección al mando del teniente coronel Zarzosa, quien recibió instrucciones de batir al jefe independiente y recobrar las villas; pero al llegar la tropa realista á la cañada de Ixtapa desertaron las dos terceras partes de su fuerza, y Zarzosa volvió apresuradamente á Puebla con los pocos soldados que se mantuvieron fieles. Los que le abandonaron uniéronse con Herrera, contándose entre los oficiales el teniente coronel Miota, el comandante don Francisco Ramírez y Sesma, el ayudante del Fijo de México don Luis Puyade, y don Manuel y don Antonio de Flon, hijos del célebre conde de la Cadena, muerto en la batalla de Calderón.

Aumentadas así sus tropas, Herrera entró en la provincia poblana, y desde San Andrés Chalchicomula escribió á Guerrero participándole su adhesión al Plan de Iguala y ofreciéndole obrar en combinación con sus valientes¹; en seguida avanzó hasta Tepeaca, adonde llegó el 17 de abril (1821), y envió por el camino de Tepeji doscientos caballos á las órdenes del capitán don Francisco Miranda Palacios, con la misión de proteger el movimiento de don Nicolás Bravo, quien le había participado que estaba dispuesto á unirsele con las tropas que acababa de reunir en Izúcar.

Sin embargo, mientras Herrera avanzaba desde Orizaba hasta Tepeaca, el coronel realista Hevia, á la cabeza de una fuerte división, se había dirigido contra Izúcar para batir á Bravo, quien saliendo de ese punto, pasó por Atlixco, se reunió con Osorno y otros antiguos insurgentes de los Llanos que se le presentaron al frente de alguna caballería, y situóse en Huejocingo, fingiendo amagar á la misma ciudad de Puebla, lo que obligó á Hevia á regresar de Izúcar para protegerla. Bravo cayó entonces impetuosamente sobre Tlaxcala, donde se apoderó de doce cañones y de un corto destacamento que los custodiaba, marchando en seguida á Huamantla. Por este rápido movimiento, Bravo quedó situado al norte de Tepeaca, precisamente en rumbo opuesto á aquel por donde Herrera le esperaba. El capitán Miranda Palacios, sabedor de la marcha de Bravo, siguióle á Huamantla y se incorporó á sus tropas, avisando lo ocurrido á su inmediato superior.

Hevia supo en Puebla la aparición de Herrera en Tepeaca, y de acuerdo con el comandante general don Ciriaco del Llano, organizó una fuerte sección de mil cuatrocientos soldados para marchar á su encuentro. Por

¹ Gaceta núm. 52, correspondiente al 24 de abril de 1821.

¹ Hállase esta carta en la Colección del señor general don Vicente Riva Palacio, tomo III.

su parte, el jefe independiente comunicó á Bravo la noticia de los aprestos militares que en Puebla se hacían, y el magnánimo insurgente corrió en auxilio de sus compañeros al frente de cuatrocientos hombres, llegando á Tepeaca el 21 de abril en la noche. Siempre modesto y grande, rehusó el mando que Herrera le ofrecía, manifestándole que estaba resuelto á servir bajo sus órdenes.

A tiempo llegó Bravo á Tepeaca, pues que en la mañana del siguiente día (22 de abril) se presentó á la vista de esa población la tropa de Hevia, formada de mil trescientos infantes de los regimientos de Castilla, Ordenes militares y Fernando VII, de Puebla, y poco más de cien caballos de San Carlos y del Príncipe. Los independientes situaron su escasa infantería en la parroquia y en el convento de San Francisco, fuertes edificios que forman dos lados de la extensa plaza; y la caballería, en número de seiscientos hombres, cubrió las avenidas por donde pudieran ser atacadas aquellas posiciones. Hevia, durante el día 22, reconoció la ciudad y dispuso que sus tropas acampasen en una altura inmediata que la domina, situando su artillería en una iglesia, desde la cual pudo dirigir sus fuegos á la parroquia y San Francisco. Hizolo así desde las primeras horas del 23, y á pesar del vigoroso cañoneo que sostuvo sobre las posiciones de los independientes, éstos rechazaron briosamente á las guerrillas del enemigo todas las veces que intentaron aproximarse á la plaza. Dos días más duró el nutrido disparar de la artillería de Hevia, y el 26 resolvió Herrera atacar las posiciones de los realistas, «no teniendo otro arbitrio, dice en su parte á Iturbide, para contener el ardor de los oficiales y soldados.» Formó cuatro columnas de ciento cuarenta hombres cada una, mandadas por don Francisco Miranda, don Celso de Iruela, don Francisco Ramírez y don Angel Puyade; y dispuso que mientras la columna, conducida por el primero de estos oficiales, marchaba á ocupar la cumbre de la eminencia en cuyas laderas se habían situado los enemigos, las otras tres avanzasen contra éstos de frente.

Fué impetuosísimo el ataque, y los independientes embistieron á la bayoneta el campo realista, defendido por todas las tropas de Hevia, muy superiores en número. La resistencia fué también vigorosa y el combate duró largo rato sin que la caballería de Herrera pudiese auxiliar á las columnas en el escabroso terreno que sirvió de campo á la pelea. Miranda no logró hacerse dueño de la cumbre que debía ocupar, y faltas de apoyo las columnas que asaltaron por el frente, hubieron de retirarse á la plaza después de perder muchos muertos y heridos, y de causar sensibles bajas en las filas contrarias ¹. «Los granaderos imperiales, decía Herrera

en el parte que de esta acción dirigió á Iturbide, al mando de su comandante el teniente coronel don Celso Iruela, se han hecho dignos de toda consideración. Los del regimiento Fijo de México, al de su ayudante don Angel Puyade, llenaron completamente su deber. Los del Fijo de Veracruz, al de su capitán don Francisco Ramírez, son dignos de la consideración de V. S. Este benemérito oficial, sobre haber contribuido al aumento de esta división, incorporándose con setenta granaderos y diez dragones, y ser de lo más exacto en el cumplimiento de sus obligaciones, se llenó de gloria en este día, defendiéndose con valor y serenidad de un número triple de enemigos, haciendo una retirada en todo orden, lo que pongo en la noticia de V. S. en obsequio de la justicia.»

Herrera dispuso retirarse después de este sangriento combate, y en la noche del mismo 26 de abril salió con sus tropas para Acacingo y el 29 llegó á San Andrés Chalchicomula, habiéndose separado en Rinconada la caballería del general Bravo para sostener la campaña en los *Llanos de Apam*. Herrera continuó su marcha hasta la villa de Córdoba, donde entró el 12 de mayo seguido muy de cerca por Hevia, cuyas tropas se habían aumentado con el batallón de Guanajuato á las órdenes de Samaniego.

El comandante de Córdoba, don Francisco Javier Gómez, apenas supo el descalabro sufrido en Tepeaca por Herrera y que éste se retiraba seguido de Hevia, trató de abandonar la villa y de fortificarse en San Juan Coscomatepec; pero los cordobeses se opusieron, y en una junta popular acordaron tomar las armas, desterrando á tres españoles que rehusaron concurrir á la defensa. Dedicáronse con incansable actividad á fortificar la villa bajo la dirección de don Antonio Guardaelmuro y don Francisco Calatayud, y habiéndose esparcido el rumor (10 de mayo) de que había aparecido una fuerza enemiga por el camino del Naranjal, se presentaron doscientos cincuenta vecinos á pedir armas, y llegaron otros de Amatlán de los Reyes al mando del capitán García ¹.

Tales eran los preparativos y el aliento de los cordobeses al entrar Herrera en la villa el 12 de mayo, al frente de trescientos hombres, pues, según hemos dicho más arriba, Bravo se había separado en la Rinconada para extender la revolución en la zona de los *Llanos*. Apresuró aquel jefe la construcción de los parapetos y demás obras defensivas nombrando al teniente coronel don José Durán para que la dirigiese, repartió las armas disponibles entre ochenta vecinos, y á los que no pudieron armarse los dedicó á importantes trabajos relativos á la defensa; ordenó á la caballería que saliese del perí-

y nueve muertos y setenta heridos, y que sus tropas sufrieron una baja de diez y nueve de los primeros y diez y ocho de los segundos.

¹ Véase parte de Herrera á Iturbide, fechado en San Andrés Chalchicomula el 29 de abril de 1821. (*Cuadro histórico* de Bustamante, tomo V, págs. 192 á 194). Herrera dice en ese documento que los realistas tuvieron en el asedio de Tepeaca ciento diez

¹ Memorias de don José Domingo Isasi, publicadas por Bustamante en su *Cuadro histórico*, tomo V, págs. 194 á 199. — Alamán ha seguido en su relato las *Memorias* ya citadas, y el parte del jefe realista don Blas del Castillo.

metro fortificado para que hostilizase al enemigo con mayor ventaja, y dirigió un correo violento á don Antonio López de Santa Anna mandándole que marchase á su socorro.

Este oficial, elevado ya al grado de teniente coronel y á quien hemos visto secundar el Plan de Iguala en Orizaba el 29 de marzo ¹, había organizado una sección de seiscientos hombres y una pieza de artillería, y á principios de abril se dirigió á la costa, en tanto que Herrera marchaba á la provincia de Puebla. Después de amagar durante algunos días á Veracruz, Santa Anna avanzó á lo largo de la costa hacia Alvarado, y el 25 de abril se presentaba á la vista de este puerto, cuya guarnición corrió á unírsele á los gritos de: *¡Viva la independencia!* El comandante Topete, no sólo abandonado de los suyos, sino en peligro de ser muerto por algunos de los soldados que momentos antes obedecían sus órdenes, fué tratado con mucha consideración por Santa Anna, quien le dió un pasaporte y le facilitó los medios para marchar á Veracruz. Grande fué la alarma que hubo en esta última ciudad cuando se supo lo ocurrido en Alvarado: cerráronse las puertas, prohibióse la comunicación con este punto, y se dispuso habilitar de cañoneras unas lanchas para dirigir una expedición contra los independientes. Santa Anna, por su parte, se disponía á marchar sobre Veracruz cuando recibió la orden de Herrera y en el acto se puso en movimiento para socorrerle.

Tres días después de la entrada de Herrera en Córdoba se presentó Hevia ante esta villa (15 de mayo), por el Matadero, y desde allí destacó una fuerte columna que ocupó el barrio de San Sebastián y algunas casas inmediatas, y rompió un fuerte cañoneo contra los parapetos números 6 y 8, que sostuvo hasta ya entrada la noche. Al día siguiente continuó el fuego de artillería, y á las cinco y media de la mañana quedaba abierta una brecha en la casa de don Manuel de la Torre, comprendida en el perímetro fortificado. Hevia dispuso que dos compañías marchasen al asalto, y éstas, pasando por la brecha, entraron en la casa, donde se trabó un terrible combate en el que fueron rechazadas con grandes pérdidas. Irritado Hevia con este desastre mandó que continuase el fuego de cañón, y él mismo dirigió la puntería del obús que disparaba contra la brecha; una bala de fusil le hirió entonces en la cabeza y cayó muerto en el acto uno de los jefes realistas que más se distinguieron por su insaciable ferocidad durante la guerra de la independencia ².

¹ Véase capítulo anterior.

² Aparte de las crueles matanzas ordenadas en otras partes del vireinato por este hombre de espantosa y execrable memoria, solamente en Orizaba, durante el tiempo no muy largo que allí ejerció el mando, condenó á muerte é hizo ejecutar á *doscientos cuarenta y seis* individuos. (Véanse *Fastos militares de iniquidad, etc., ejecutados en Orizaba y Córdoba*, pág. 76, imprenta de Cumplido, México, 1843).—Alamán considera que fué la pérdida de Hevia de grande importancia para la causa realista, y que manchó esa misma causa con ser demasiado sanguinario.

La muerte de este sanguinario y odioso militar no desalentó, sin embargo, á los asaltantes: sucedióle en el mando el teniente coronel don Blas del Castillo y Luna, quien continuó el ataque con igual brío, logrando incendiar la casa de Torre desde la cual se propagaron las llamas por toda la manzana. En medio del incendio entraron los realistas en el recinto atrincherado, pero fueron rechazados con denuedo por los oficiales don Francisco de la Llave y don José Velázquez, quienes hicieron prodigios de valor. Continuó el combate al día siguiente con no menor encarnizamiento: los sitiadores pegaron fuego á otra manzana, que ardió en su mayor parte, y avivando los disparos de su artillería se lanzaron á un segundo asalto, siendo nuevamente rechazados con pérdidas sensibles; al mismo tiempo, la caballería de los independientes daba repetidas cargas por la retaguardia obligando al teniente coronel Castillo y Luna á destinar gran parte de su infantería para afrontar estas furiosas embestidas. En la tarde de aquel día y durante la noche intentaron los realistas simultáneos y repetidos asaltos, pero todo fué en vano, pues si grande era la intrepidez de los sitiadores, mayor era el denuedo de los sitiados, resueltos á caer bajo los escombros de la villa.

«A las ocho de la mañana del 18 de mayo, dice Isasi en sus *Memorias*, empezaron á aflojar los fuegos de los realistas, y éstos perdieron la esperanza de alcanzar el triunfo, pues ni las granadas que con tanto acierto dirigían sobre la plaza, ni las balas de á 12 que hacían bastante estrago en la torre de la parroquia, ni los repetidos asaltos por las trincheras, ni su principal empeño en horadar las paredes para sorprender la guarnición, fueron bastantes para acobardarla. Todo se prevenía: las granadas eran apagadas en el acto, y los asaltantes rechazados con valor y burlados por la actividad de Durán, especialmente en las troneras, que abiertas por ellos mismos, se convertían en medios para su muerte.

»A las nueve se avistó en el ejido el teniente coronel don Antonio López de Santa Anna, que venía de Alvarado al socorro de la plaza trayendo trescientos infantes y doscientos cincuenta caballos: presentó acción, provocó á los españoles, y éstos no quisieron salir de sus trincheras, por lo que á las cuatro de la tarde se retiró á la hacienda de Buenavista, donde acampó por disposición de Herrera y pasó allí la noche.»

Volvió á situarse Santa Anna el día 19 en el ejido y la loma de los Arieros, donde colocó un cañón dirigido por don José Durán, y lo reforzaron cien dragones mandados por don Francisco Miranda. Los sitiadores, sin embargo, no se atrevieron á atacarle y continuaron haciendo fuego sobre la plaza, la cual recibió el 20 un auxilio de cien hombres que condujo desde Jalapa el teniente don Luciano Velázquez. Entonces Herrera

intimó rendición al jefe realista Castillo y Luna, á lo que contestó que convocaría á sus oficiales á junta de guerra para resolver este punto. Cesaron los fuegos durante algunas horas, y á las diez de la noche volvieron á disparar los realistas con grandísimo vigor sosteniendo su tiroteo hasta un poco después de las doce y media. Era una estratagema del comandante español, pues mientras algunos de sus soldados dirigían sus fuegos á las fortificaciones, el grueso de sus tropas se retiraba precipitadamente hacia Orizaba, después de arrojar en los pozos que ocupaban las municiones de boca y guerra que no podían conducir, pero llevándose los heridos y la artillería.

Al cesar por completo el tiroteo de los sitiadores, Herrera sospechó la verdad de lo ocurrido, y habiéndola confirmado las guerrillas que envió á reconocer las posiciones enemigas, dispuso que Santa Anna con trescientos infantes y la caballería saliese en persecución de los realistas. Hízose así, y en todo el camino que separa á Córdoba de Orizaba fueron atacados éstos por la retaguardia y flancos perdiendo muchos muertos y heridos. En la última de esas illas se hallaba el coronel Samaniego con una parte de la antigua división de Hevia; desde luego tomó el mando de todas las tropas, y no considerando prudente permanecer en Orizaba salió inmediatamente para Puebla.

La vigorosa resistencia de Córdoba fué uno de los más notables episodios en la última época de la guerra de independencia, y el patriotismo de sus vecinos en esta ocasión honró justamente su nombre. Grandes fueron las pérdidas que entonces sufrieron, y por muchos años las ruinas ennegrecidas de muchos de sus edificios proclamaron elocuentemente el valor impávido y los sacrificios de los defensores de Córdoba. Ya desaparecieron estos gloriosos escombros, pero la historia consigna con noble y legítimo orgullo la resistencia de la heroica villa. «El venturoso triunfo de Córdoba, dice el ilustre Bustamante, influyó directa y eficazmente en la independencia de la llamada Nueva España. Si Hevia hubiera triunfado, habría sacado grandes recursos de las provincias de Veracruz, Puebla y Oaxaca que podían aún proporcionarlos, y los americanos habrían perdido tanto prestigio cuanto fué el que alcanzaron al humillar la arrogancia española en este punto y en Tepeaca. Tengo por incuestionable que la elección militar que escogió á Novella para sustituir al conde del Venadito, habría recaído en este jefe, como que era el de mayor valor y conocimientos que entonces había entre los españoles... ¡Quién sabe el cúmulo de males que apartó el cielo de nuestras cabezas llevándose al mejor vida! Debemos agradecer este favor divino!»

Después de la defensa tan bravamente sostenida por la novena división del ejército libertador (que tal fué el número señalado á las tropas de Herrera), Santa Anna marchó contra Jalapa al frente de una sección que fué

reforzada el 26 de mayo con los soldados que el capitán don Joaquín Leño había sacado de esa villa algunos días antes. El 27 los independientes llegaron á la vista de la población, y desde las primeras horas del siguiente día emprendieron el ataque, dividiéndose en dos trozos; uno á las órdenes de Leño, que marchó por el rumbo del Calvario, y el otro mandado por el mismo Santa Anna, que avanzó por el Oriente asaltando y tomando los parapetos que defendían San José y la calle del Vecindario. A las cuatro de la mañana las dianas que mandó tocar Santa Anna en la plazoleta de Techacapa anunciaron que se preparaba á atacar el perímetro interior, situado más allá de ese punto. Por su lado, Leño avanzó intrépidamente hasta la plaza de la Carnicería asaltando las trincheras que halló en su camino; el combate se prolongó hasta las diez de la mañana, hora en que el jefe de la plaza don Juan Horbegoso pidió capitulación, la cual fué ajustada en representación de los realistas por el coronel del regimiento de Tlaxcala don José María Calderón, y en la de Santa Anna, por su secretario don Manuel Fernández Aguado. Convínose en que los primeros podrían retirarse á Puebla con sus banderas y corto número de fusiles, dejando en poder de los independientes toda su artillería, sus municiones, más de mil fusiles y gran parte del vestuario almacenado en los cuarteles de la villa. Con estos elementos y los que allegó Santa Anna con prodigiosa actividad, pudo en pocos días organizar una fuerte división, que fué la undécima del ejército de las *Tres Garantías*.

La revolución se había propagado con rapidez en la provincia de Veracruz, pues aparte de los triunfos que alcanzó en las villas y en la costa de Sotavento, como acabamos de referir, fué secundada en la zona que rodea al puerto de aquel nombre, levantándose en armas los habitantes á la voz de don Guadalupe Victoria. Este antiguo patriota, después de vivir errante por más de dos años en el fondo de los bosques, apareció por el rumbo de Santa Fe, y el 20 de abril dirigió una proclama á los hijos de la costa exhortándoles á la unión y á la constancia para poner término feliz á la empresa comenzada. Ese documento, emanado de uno de los más constantes y sufridos defensores de la libertad de México, decía así:

«Conciudadanos: Gracias al cielo porque benigno se ha dignado conservar maravillosamente mi existencia. Después de haber sufrido por espacio de treinta meses continuos tantos y tan extraordinarios sacrificios, parece que la suerte cruel se empeñaba en apurar al extremo mi sufrimiento: desnudo, solo, enfermo, sin más alimento que hierbas y raíces de árboles, acompañado únicamente de las fieras, errante, acosado y perseguido por todas partes, sin tener un momento en que poder respirar... ¿Para qué seguir refiriendo cosas inauditas de que se resiente la misma humanidad? Me ha sido imposible salir á luz con la brevedad que deseaba, mas por último desde una larga distancia, solo, á pie, descalzo, atravesando sierras y bosques y arrastrándome

como pude, he tenido ya el dulce placer de verme incorporado entre los gloriosos defensores del pabellón mexicano, y de ofrecirme de nuevo á vuestra disposición, por si de algún modo mi persona os fuere de alguna utilidad. *Unión eterna*, conciudadanos, y así nos haremos invencibles: fijemos de por siempre nuestras ideas; no desmayemos jamás; tengamos una inalterable constancia, y con el valor firme de hombres libres hagamos un general esfuerzo hasta lograr la grande obra comenzada. Tomemos ejemplo de los pueblos cultos, y no olvidemos jamás que la otra América está ya independiente, y que sus hijos son felices; no aguardemos á que las demás naciones nos echen en cara nuestra indolencia: aprovechemos los preciosos momentos que la alta Providencia, compadecida de nuestra infeliz suerte, nos ofrece milagrosamente. No nos manifestemos sordos ni insensibles á los penetrantes clamores de la naturaleza; desengañémonos para siempre de que no hay otro medio que morir ó ser independientes. Descansad, por último, en la firme confianza de que en mí no tendréis un jefe sino un compañero y amigo que sabrá sacrificarlo todo en aras de la patria.—Dios, independencia y libertad.—Campo de Santa Fe, sobre Veracruz, abril 20 de 1821.—*Guadalupe Victoria.*»

Cubrióse de guerrillas toda la costa, y el puerto de Boquilla de Piedras fué entregado á los independientes por el capitán Oliva con toda la artillería y las municiones que allí había. El fuerte de la Antigua fué abandonado por su guarnición, que se retiró precipitadamente á Veracruz; las formidables posiciones de Puente del Rey, teatro favorito en otro tiempo de la resistencia de Victoria, quedaron en poder del comandante español Ricoy que había proclamado la independencia; y en el Norte, los indios de Coxquihui perseguían sin descanso al odioso Llorente, quien por tanto tiempo había oprimido á los pueblos de la Huasteca. A fines de mayo, toda la provincia de Veracruz, con excepción de su capital, se había levantado en armas á favor de la independencia. Victoria ofreció desde luego á Santa Anna que serviría á sus órdenes, pero este último le hizo reconocer como jefe superior de la provincia, tanto por su mayor graduación como por los servicios que había hecho en otro tiempo á la causa de la patria. Sin embargo, Victoria marchó al interior en los últimos días de mayo con el propósito de tratar con Iturbide la modificación de algunos artículos del Plan de Iguala.

Hemos dejado al primer jefe del ejército de las *Tres Garantías* en Acámbaro rodeado de los principales comandantes que habían proclamado el Plan de Iguala en Guanajuato¹. La presencia de éstos en aquel punto y la de Barragán y Domínguez Zacapo hicieron creer al coronel Quintanar, comandante general de Valladolid, que pronto sería atacado, y en consecuencia se apercebido á la defensa, mandando construir fuertes parapetos y abriendo anchos fosos en las principales avenidas de esa ciudad. Pasó revista á sus tropas que eran considerables en número y disciplina, y el 15 de abril les dirigió una proclama excitándoles á la resistencia: «¿Podréis mirar

¹ Véase capítulo anterior.

con indiferencia, deciales, la tentativa de los enemigos al acercarse á esta ciudad fundándose en que faltaréis á vuestro honor? Cubra el oprobio en buena hora al débil, que todo lo pospone á su cobardía, mas desaparezca hasta su negro nombre de estas bizarras y honradas filas. Cerrad, amigos, el oído á las halagüeñas palabras con que intentarán alucinaros: ellas son el cebo para caer en la sima del deshonor, que quieren abrir á vuestros pies: muerte mil veces antes, muerte mil veces, gritad, preferimos á tal ignominia. ¡Dignos jefes y oficiales! Tenemos brazos y armas nos sobran: ¿pues qué nos falta? Glorias nuevas que adquirir; laureles con que adornar el templo de la fidelidad, en cuyas aras y con vosotros, sabrá sacrificarse vuestro compañero y comandante general.»

Sin embargo, no era entonces el intento de Iturbide marchar contra Valladolid, pues más le interesaba avistarse con el mariscal don José de la Cruz, quien no había demostrado hasta entonces una reprobación absoluta del Plan político de Iguala. Verdad es que el 17 de marzo publicó una proclama, de la que ya hemos hablado en el capítulo anterior, en la que exhortaba á sus gobernados al cumplimiento de las leyes y á la conservación del orden y de la tranquilidad públicos, pero en ese documento nada decía del nuevo Plan y de su autor, y concebido en términos generales parecía indicar que el comandante general de Nueva Galicia esperaba la marcha de los acontecimientos para adoptar una actitud resuelta y perfectamente definida. Pocos días después (primeros de mayo), el brigadier Negrete, á quien comisionó Iturbide para proponer á Cruz que se adhiriese al Plan de Iguala, transmitía al primer jefe del ejército de las *Tres Garantías* una carta que le había dirigido el comandante superior realista de Nueva Galicia manifestándose en ella conforme en tener una entrevista con el mismo Iturbide: «He hablado largamente con el cura Semper, decía Cruz en esa carta, y ha sido importantísima mi detención porque en cierto modo me ha despejado la incógnita acerca de muchas cosas, y debemos esperar el bien general, pues que Iturbide lo entiende del mismo modo que nosotros. Yo estoy listo, á pesar de mi enfermedad, y sólo aguardo el aviso para moverme adonde convenga y parezca mejor, con arreglo á lo que debe haber dicho á usted Caballero, teniéndose en cuenta que no puedo alejarme mucho de esta capital (Guadalajara)...»

Antes de recibir este importante aviso, Iturbide se había encaminado á León, uniéndosele á su paso por Silao el abogado don José Domínguez Manso, quien compartió después con don Joaquín Parres las crecientes labores de su secretaria. Al llegar el primer jefe del ejército á León (1.º de mayo) publicó una proclama, dirigida á tranquilizar los ánimos de los españoles, entre los cuales se había difundido el rumor de que al terminar la revolución se ordenaría la matanza de todos ellos.

Recordaba con este motivo Iturbide que su mismo padre era español, y ofrecía por garantes de sus juramentos y promesas á su familia toda ¹. Allí tuvo noticia de que Cruz había convenido en avistarse con él y escribió á Negrete que fijaba la hacienda de San Antonio, entre Yurécuaro y la Barca, para que en ella se efectuase la entrevista. Pero Cruz no estuvo conforme con esta designación y pretendió á su vez que el lugar de reunión fuera el pueblo de Atequizar.

Esta vacilación indignó grandemente á Iturbide y llegó á creer que fuese un ardid preparado por el jefe realista. Refiere el historiador Bustamante que por primera vez, durante el tiempo que había mediado desde la proclamación del Plan de Iguala hasta entonces, dió manifiestas pruebas de enojo don Agustín de Iturbide y escribió á Negrete que puesto que se desconfiaba de él estaba pronto á marchar enteramente solo desde Yurécuaro hasta Guadalajara. Informado Cruz de esta resolución dirigió la siguiente carta á Negrete, que se hallaba en San Antonio: «Salgo mañana para esa hacienda, que es el paraje más á propósito: no llevo cama, no llevo un soldado, no digo á nadie en esta ciudad mi salida; no entrego el mando á nadie; no me acompaña ni aun un criado: y últimamente, enfermo y hecho una miseria, voy expuesto á todas las consecuencias que no pueden ocultarse á Ud., como á mí no se me ocultan, pero todo es preferible á procurar hacer un bien á este país, en cuya suerte me intereso. No me detendré en Poncitlán, ni haré alto en ninguna parte, pues desde que entre en el coche, no me pararé hasta San Antonio, aun cuando hubiera cincuenta leguas. Dígame á Ud. todo

¹ Proclama de Iturbide:

«Conciudadanos y hermanos míos: Por distintos conductos he llegado á entender que algunos espíritus, enemigos de la paz y de la humanidad, á vista de los rápidos progresos que hace notoriamente la causa de la independencia, sin que hasta ahora se haya derramado por mi parte una sola gota de sangre, intentan alarmar con especies subversivas que excitan vuestra desconfianza y os empeñan en una lucha verdaderamente desigual, que no tendrá más efectos que los estragos, la desolación, la muerte y todos los horrores consiguientes á la guerra entre hijos de una misma familia.

»Se os ha querido persuadir que terminada la empresa que me he propuesto seguirán unas vísperas sicilianas (así se expresan esos hombres turbulentos), en que de un golpe se exterminen los europeos residentes en este país. ¡Ah! ¿Y será posible que deis oído á tan monstruosa calumnia? ¿No basta para tranquilizaros el juramento que he prestado de proteger la más cordial unión entre españoles europeos y americanos? ¿No basta que unos y otros en la más dulce armonía militemos bajo las banderas que llevan esta divisa: *Religión, Independencia y Unión*? ¿No bastan once años de afanes y sacrificios consagrados á la defensa de vuestras vidas, de vuestras familias y de vuestras fortunas? ¿No basta, en fin, mi palabra de honor la más sagrada, bajo de la cual os he asegurado y ratificado delante de Dios y de los hombres, que no me ocupan otras ideas que las de vuestra felicidad, identificada esencialmente con la de los que hemos nacido en este suelo? ¿Sabéis por ventura que mis operaciones hayan desmentido un solo artículo de mi sistema?

»Pero si nada basta para disipar vuestros infundados recelos, no ignoráis que tengo un padre europeo á quien venero con la más profunda sumisión; una esposa á quien amo con la mayor ternura, y unos hijos en quienes he vinculado mis delicias. Si, pues, desconfiáis de mis promesas y de mis juramentos, ahí están esas caras prendas de mi corazón, que serán los mejores garantes de mi sinceridad y buena fe; aceptadlas. Villa de León, 1.º de Mayo de 1821. — *Agustín de Iturbide*.» (BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo V, págs. 143 y 144, edición de 1846).

esto, rogándole que en esa hacienda no haya oficial, soldado, ni otro, que nosotros... ; Cuánto me ha lastimado la desconfianza de Iturbide sobre mi proceder ¹!»

El primer jefe del ejército libertador, avisado de la marcha de Cruz salió precipitadamente para la hacienda de San Antonio acompañado del coronel don Anastasio Bustamante. Allí le esperaban Negrete y Cruz (8 de mayo), y según el autor del *Cuadro histórico*, los dos hombres que habían derramado tanta sangre mexicana se abrazaron conmovidos, y las lágrimas asomaron á los ojos del feroz mariscal de campo. Trataron en seguida del importante asunto que allí los convocaba, y Cruz propuso una suspensión de armas de dos meses para poder entrar en negociaciones con el virey Apodaca. Esta idea había sido presentada algunos días antes á Iturbide por el mismo Negrete, quien creía necesario un armisticio que diese tiempo á organizar la revolución, pues temía, en vista de la rapidez con que se desarrollaba, que no fuese posible ordenarla convenientemente, y que el *populacho* entendiese por libertinaje la libertad ². Iturbide, receloso de que la proposición de Cruz sólo se enderezase á dar tiempo al virey para aumentar sus fuerzas y detener los rápidos progresos de la revolución, no la admitió, así como tampoco había accedido á la misma pretensión de Negrete. A su vez, solicitó de Cruz que interpusiese su mediación con el virey para que oyese sus propuestas y se evitase una guerra de funestas consecuencias para la Nueva España; en esta mediación debían acompañar á Cruz el obispo de Guadalajara don Juan Ruiz de Cabañas y el conde de San Mateo Valparaíso, y habiendo admitido Cruz, quedó convenida allí mismo la carta en que Iturbide lo autorizaba para abrir la negociación con el virey Apodaca ³. Antes de sepa-

¹ BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo V, pág. 151, edición de 1846.

² «Aunque todos desean la independencia, escribía Negrete á Iturbide con fecha 20 abril (1821), no están de acuerdo en la forma: muchos no la entienden; otros se retraen por el juramento de fidelidad al rey, y por consiguiente, aunque generalmente llegue á proclamarse, ya hay demasiados datos para conocer que el *populacho* entendiendo por libertad el libertinaje, y que ya se empieza á perder toda subordinación. Como sin ésta se pierde todo orden social, es evidente que tenemos encima la anarquía, y por consiguiente los males que han de comprender á todos.» (BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo V, pág. 150).

³ La carta dirigida por Iturbide á Cruz solicitando su mediación para entrar en pláticas con el virey Apodaca, y cuya minuta fué acordada por aquellos dos jefes el mismo día de su entrevista en San Antonio, dice así:

«Excelentísimo Señor: Decidido á no omitir diligencia alguna que pueda contribuir á evitar los males que amenazan y que destruirán mi patria, escribí al Exmo. Señor virey los tres principales oficios, fechas 24 de febrero, 16 y 18 de marzo, de que remití á V. E. copia en 17 de abril desde Salvatierra, con el fin de exponer á dicho jefe lo que habrá V. E. visto en ellos; pareciéndome que de este modo se precaverían las terribles consecuencias de una guerra civil, y que resucitasen los antiguos odios. Yo me batí con-honor desde el año de 1810 por impedir estas desgracias, como V. E. sabe mejor que nadie. Mis deseos parece que no han sido conocidos de todos, especialmente del Exmo. Señor virey, que se ha negado á mis justas y sanas propuestas. La guerra devorará millares de víctimas; quiero librarlas, y con esta intención me dirijo á V. E. excitando su celo para que allane el paso á una razonable conciliación; pues siendo V. E. un jefe de cuyo honor é ilustración no puede dudar el Exmo. Señor virey, deseo y le ruego por el bien general, de que jamás me

rarse, comieron juntos Cruz é Iturbide, brindando el primero por la paz y la unión, y el segundo porque el comandante general de Nueva Galicia concurriese á la conquista de aquellos tan inestimables bienes; en seguida Cruz volvió á Guadalajara é Iturbide á Yurécuaro, desde cuyo punto escribió á Guerrero participándole el resultado de la entrevista.

Este, aunque no fuese tan provechoso como Iturbide se había prometido, era favorable á sus miras y proyectos ulteriores, pues convencido de que Cruz asumiría por

algún tiempo la más completa inacción, podía dedicar sus fuerzas á reducir á Valladolid y en seguida á Querétaro; descansando, para el caso en que el mismo Cruz cambiase de actitud y propósitos, en la resolución de Negrete y de otros jefes del ejército de Nueva Galicia, de la cual no dudaba, y que no vacilarían en declararse abiertamente á su favor. Cruz, en cumplimiento de lo pactado, informó de todo lo ocurrido al virey Apodaca enviándole copia de la carta que le había dirigido Iturbide. No hay datos para asegurar que el obispo de Gua-



MORELIA (antigua Valladolid)—Palacio de Justicia.—Casas Consistoriales á principios del presente siglo

(Vista exterior)

dalajara aceptase la mediación á que lo invitó el jefe del ejército trigarante, y en cuanto al conde de San Mateo Valparaíso, afirma el historiador Alamán que rehusó

separaré, que admita este encargo benéfico y honroso. Mi ánimo es dar extensión á mis exposiciones y á los motivos y fundamentos que he tenido para emprender el plan que sigo; y así anhelo manifestar con sinceridad y franqueza mi intención al Exmo. Señor virey ó á las personas que se ponen bajo las garantías que piden el decoro y la justicia. Admitida que sea por el Exmo. Señor virey esta mediación y mi propuesta, ofrezco que se suspenderá toda hostilidad por parte de las tropas de mi mando, verificándose lo mismo por las del gobierno de México, para acabar de acreditar y convencer que no tengo otro objeto que la verdadera felicidad de mi patria. Mientras el Exmo. Señor virey contesta, serán respetados como hasta aquí los transeúntes y traficantes. En este concepto espero de los sentimientos de V. E., que conozco, que empleará todos sus esfuerzos para que se me oiga y sea conocido el espíritu que me anima; para dar á esta representación todo el peso y eficacia que exige la grande importancia de su objeto: ruego á V. E. que, admitido por su parte el expresado encargo, convide en mi nombre al Exmo. é Ilmo. señor obispo de Guadalajara Dr. Don Juan Cruz Ruiz de Cabañas, y al Exmo. Señor conde de San Mateo Valparaíso, quienes pueden tener

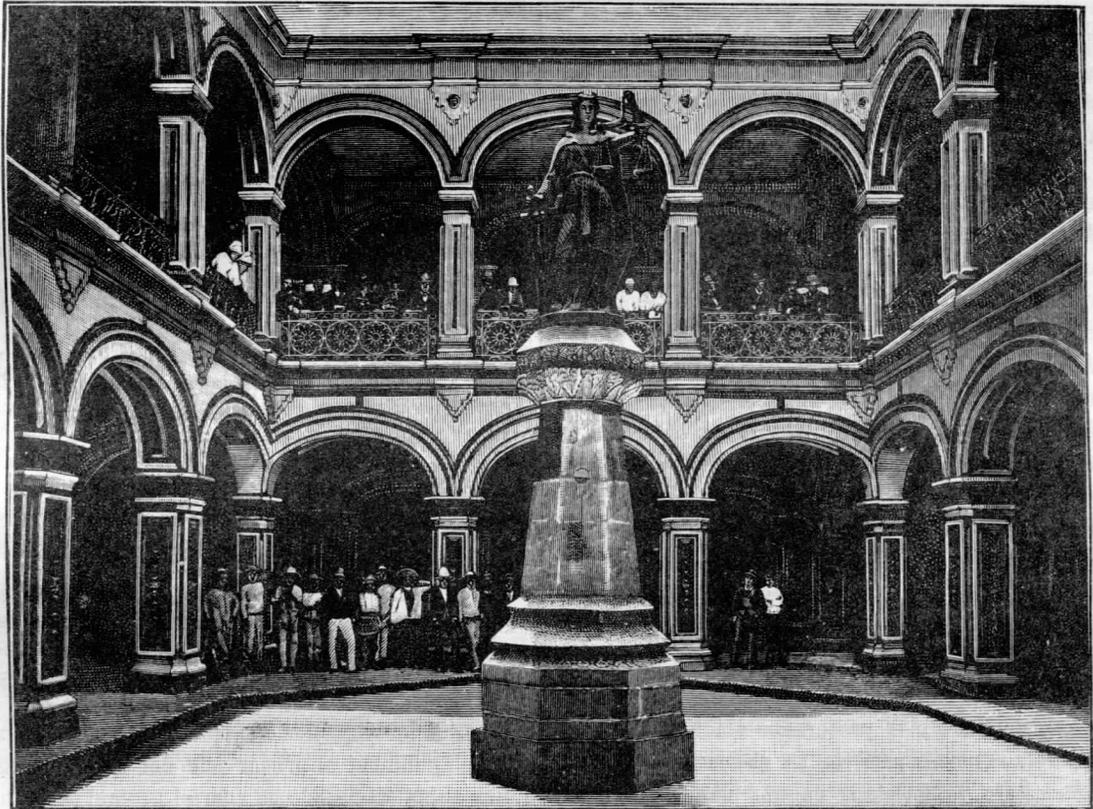
admitir la comisión, «porque era hombre indiferente á todos los sucesos políticos, ocupado únicamente en el cuidado de sus intereses, y como todos los caracteres

igualmente esta carta por suya, como si fuese dirigida á cada uno en particular. Entonces será mi satisfacción completa, pues de este modo podré acreditar en todo tiempo que cualesquiera males que resulten de la negativa formal del gobierno de México, á él solo deberán imputarse. Posible es que se encuentren en mi plan algunos puntos que convenga variar ó modificar, lo cual será fruto del examen y de la discusión, y yo con mucho gusto me prestaré dócil á la razón y convencimiento, porque sólo quiero el bien de mi patria. Después de muchas reflexiones he considerado que no puede establecerse la paz y la tranquilidad de este reino, de cuya opinión estoy muy penetrado, si no es dando el paso que procuro por la mediación de V. E. y los demás señores nombrados. ¿Qué aventura el Exmo. Señor virey en oirme? Si no quiere hacerlo personalmente, elija, como llevo dicho, dos ó tres sujetos para el efecto, quienes, con los que yo en este caso nombrare, concurren en el lugar que se acordare. Yo estoy pronto á todo cuanto diga relación con la felicidad general, único móvil que me conduce á proponer esta medida. Se verá en la conferencia si soy fiel ó no al rey y á la Constitución, y si mi modo de pensar es conforme á la felicidad de este país. En lo

débiles necesitaba del influjo de un hombre superior para ponerse en acción; y aunque al principio de la insurrección hizo importantes servicios á la causa del rey, debe atribuirse á la influencia de Calleja que lo impulsó á ello, habiéndose manifestado después enteramente pasivo en todo.» El teniente coronel Yandiola, enviado por Cruz para entregar á Apodaca las comunicaciones relativas á las proposiciones de Iturbide, fué muy mal recibido y volvió á Guadalajara llevando una áspera respuesta. En cambio, y según el historiador Bustamante ¹, al conde

de San Mateo Valparaíso y marqués de Jaral se le nombró comandante general de San Luis Potosí y se le ofreció recomendarlo á la corte para que se le diese el empleo de general, en premio de haber rehusado la comisión que le propuso Iturbide; pero ninguna de esas distinciones fué admitida por el conde.

Libre Iturbide de todo temor por el lado de Nueva Galicia después de su entrevista con Cruz, resolvió dirigirse á Valladolid al frente de las tropas que le obedecían en el *Bajío* y la misma provincia de Michoacán, y



MORELIA (antigua Valladolid).—Palacio de Justicia.—Casas Consistoriales á principios del presente siglo
(Vista interior)

el 12 de mayo entraba en Huaniqueo seguido de una gruesa división de caballería, en tanto que el resto de sus tropas avanzaba hasta Chucándiro, á orillas del lago de Cuitzeo y en la dirección noroeste de Valladolid.

Esta importante ciudad, patria de Morelos y del mismo Iturbide, y en la que se educó el ilustre Hidalgo, era el único lugar que había quedado bajo el dominio de las tropas vireinales en la anchurosa provin-

expuesto notará V. E. las ideas y honrados sentimientos que siempre han formado mi carácter, y creo que no necesito decir más, para que V. E. admita, en consorcio de los señores nombrados, el encargo que le propongo para arreglar tan interesante negocio.

» Dios guarde á V. E. muchos años. Hacienda de San Antonio, raya en Nueva Galicia y Michoacán, 8 de Mayo de 1821. — *Agustín de Iturbide*. — Exmo. Señor Don José de la Cruz, comandante general de la Nueva Galicia.»

(BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo V, págs. 152 y 153, edición de 1846).

¹ *Cuadro histórico*, tomo V, pág. 259.

cia michoacana. Sus habitantes ansiaban la llegada del ejército libertador, pero reprimían sus patrióticas manifestaciones en presencia de la guarnición, que en número de mil seiscientos hombres con cuarenta y cinco piezas de artillería había reunido allí el coronel Quintanar. Este jefe, como hemos dicho ya en el presente capítulo, desde mediados de abril creyó que sería atacado y se dispuso á resistir con vigor. Disipado por lo pronto el peligro con motivo de la marcha de Iturbide á los límites de Nueva Galicia, volvía á presentarse de nuevo, y en esta vez no dudó ya el jefe realista de que en breve aparecerían al frente de la plaza las justamente renombradas tropas del *Bajío* comandadas por el prestigioso primer jefe del ejército libertador.

El día 13 de mayo toda la división independiente ¹

¹ Esta división, fuerte de nueve mil hombres, se componía de

ocupó las haciendas de Guadalupe y del Colegio y el pueblo de Tarímbaro, situados á corta distancia entre sí, y á poco más de dos leguas al norte de Valladolid, en tanto que las secciones del teniente coronel Barragán y del sargento mayor Parres avanzaban á toda prisa y situábanse, respectivamente, al sur y al este de esa ciudad. El coronel Quintanar contestó al día siguiente (14 de mayo) la comunicación que Iturbide le escribió desde Huaniqueo invitándolo á adherirse al Plan de Iguala, á cuyo fin agregó las copias de varios documentos que demostraban los rápidos progresos de la revolución: negábase con tono decidido el comandante realista á admitir la invitación de Iturbide, y decíale que sus obligaciones más sagradas y su honor estaban en contradicción con la propuesta que le había hecho, y que en aquella plaza no se reconocía más que al gobierno legítimo. No se desanimó por esto el primer jefe del ejército libertador, y volvió á escribir á Quintanar (15 de mayo) pidiéndole una entrevista, de la cual no dudaba que resultaría un arreglo conveniente y justo, y poníale como ejemplo la que acababa de tener con los generales Cruz y Negrete.

También desde Huaniqueo escribió Iturbide á los miembros del ayuntamiento de Valladolid enviándoles la proclama que dirigía á los habitantes de la ciudad, y solicitando de aquella corporación que comisionase á dos ó más individuos para que con él se avistasen. Pero como el ayuntamiento no contestase, reiteró Iturbide su primera comunicación, protestando que obraría militarmente si no se le mandaba una diputación de ese cuerpo, con la cual pudiera tratar de lo que fuese más conveniente al bien de la ciudad. El mismo día 15 se presentaron á Iturbide en la hacienda de Guadalupe el regidor don Antonio de Haya y el procurador síndico don José María Cabrera, quienes pusieron en sus manos una nota del ayuntamiento vallisoletano en que manifestaba que, no estando en sus facultades tratar de asuntos militares, había comisionado á los concejales ya nombrados, para que intentasen un concierto que evitase la efusión de sangre y las demás calamidades que amenazaban á la ciudad. No era fácil un arreglo entre el comandante del ejército que pretendía ocupar cuanto antes la capital de Michoacán y los representantes de una corporación que no disponía de las tropas. Así debió comprenderlo Iturbide, y quizás al solicitar con instancia la salida de la diputación no tuvo más propósito que el de captarse la voluntad y estimación de los que la formasen, confiando en el prestigio de su persona y en el arte de insinuarse y persuadir que poseía en grado eminente: nada acorda-

ron en efecto; pero el hábil primer jefe trató á los comisionados con decoro y atención, les manifestó sus proyectos, procuró desvanecer las torcidas imputaciones que el gobierno vireinal se había esforzado en difundir para desprestigiar su plan y sus miras patrióticas, y después de detenerlos todo el día en su campamento los despidió satisfechos y complacidos.

Entretanto, era grande la desertión de las tropas realistas, y los jefes Barragán y Parres (más próximos á la plaza asediada que los demás comandantes del ejército libertador) participaban diariamente á Iturbide que sus respectivas secciones se engrosaban con oficiales y soldados salidos á la continua de Valladolid. Esta desertión, el espíritu que dominaba en la ciudad y el respetable número de tropas que la rodeaban, cambiaron notablemente la primera y belicosa resolución de Quintanar, quien escribió á Iturbide la siguiente carta:

«No me ha sido posible contestar á V. S. su carta oficial de ayer (referíase á la segunda intimación amistosa de Iturbide, de que ya hemos hablado), por no haber concluido hasta la media noche la conferencia que era consiguiente con los jefes de esta plaza: en consecuencia, lo hago ahora y van los tenientes coroneles D. Manuel Rodríguez de Cela mi segundo, y D. Dionisio Fernández, quienes escucharán de V. S. las proposiciones que sin ofender el honor de las armas puedan convenir á los intereses públicos. A dichos jefes no he dado facultades para cerrar cualquier convenio, y sí que venga uno de ellos á presentarme dichas proposiciones para obrar de modo que no quede recelo alguno respecto del acuerdo.

»Repito á V. S. mis respetos, y deseo que éstos no se interrumpan. Dios guarde á V. S. muchos años. Valladolid, 16 de Mayo de 1821, *Luis Quintanar*.—Señor coronel D. Agustín de Iturbide ¹.»

Esta comunicación fué entregada por los comisionados de Quintanar al primer jefe del ejército trigarante, quien había trasladado su cuartel general á la hacienda de la Soledad muy cercana á la plaza de Valladolid. En lugar del teniente coronel Fernández, impedido por enfermedad, acompañaba á Cela el de igual grado don Juan Isidro Marrón. Las proposiciones de Iturbide se redujeron á que se dejase á la tropa realista en libertad para tomar el partido que quisiese, ofreciendo á los expedicionarios el pago de sus alcances y medios para regresar á la metrópoli; y que los jefes, oficiales y soldados que prefiriesen seguir obedeciendo al gobierno vireinal quedarían en la plaza sin hostilizar ni ser hostilizados hasta que este último resolviese sobre las propuestas que se le harían por conducto del general Cruz, del obispo de Guadalajara y del marqués del Jaral. Los comisionados de Quintanar volvieron á Valladolid y dieron cuenta de las condiciones propuestas por Iturbide.

los siguientes cuerpos: Fernando VII, Corona, Nueva España, Fijo de México, Tres Villas, Celaya, Santo Domingo, el Sur, ligero de Querétaro y dragones de España, Querétaro, Príncipe, Sierra Gorda, San Luis, San Carlos, Fieles del Potosí, Moncada, el Rey y compañía de la Sierra de Guanajuato. De alguno de estos cuerpos había parte en el ejército vireinal y parte en otras divisiones independientes.

¹ *Diario de las operaciones del ejército independiente sobre Valladolid* en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos. Bustamante en su *Cuadro histórico*, tomo V, págs. 154 á 158, ha publicado el mismo *Diario*, aunque con manifiestas inexactitudes.

Ese mismo día 16 la caballería, á las órdenes del coronel Bustamante, se trasladó de la hacienda del Colegio á la del Rincón, atravesando parte de la ciudad con permiso del comandante general realista, y en la tarde Iturbide mandó formar en las lomas de Santiaguito á sus mejores batallones, los cuales después de pasar lista contramarcharon á sus campamentos de la Soledad, á la vista de los habitantes de Valladolid entusiasmados con aquel bélico alarde.

La junta de jefes convocada por Quintanar para dar cuenta de las proposiciones de Iturbide, admitió solamente la segunda, siempre que las tropas bloqueadoras levantasen el campo, y así le fué comunicado á éste por los comisionados Cela y Marrón. Éstos volvieron á la plaza llevando el siguiente oficio:

«Teniendo entre sí una conexión íntima los dos artículos que formaban las dos proposiciones que hice ayer á los tenientes coroneles D. Manuel Rodríguez de Cela y D. Juan Isidro Marrón, resulta que sin admitirse la primera debo tener por no hecha la segunda propuesta. Quedamos, pues, libres para obrar, por lo que V. S. podrá tomar las medidas que guste respecto de esa plaza en la tarde y noches siguientes, en el concepto de que mañana á las seis deberán romperse las hostilidades. Ni aun por éstas dejaré de guardar á V. S. las consideraciones y respetos que se merece, esperando los corresponda con darme aviso del recibo de este oficio, y de quedar enterado de su contenido. Dios guarde á V. S. muchos años. Soledad, 17 de Mayo de 1821.—*Agustín de Iturbide*.—Señor coronel D. Luis Quintanar, comandante de Valladolid.»

Y en la tarde de aquel mismo día el primer jefe del ejército trigarante, seguido de sus mejores batallones, ocupó el convento de San Diego situado en el extremo oriental de la ciudad, pues los realistas se habían reducido al perímetro interior, abandonando todos los puestos avanzados.

No obstante la amenaza contenida en el oficio que hemos copiado, Iturbide estaba muy distante de recurrir á la fuerza de las armas para hacerse dueño de su ciudad natal; veía que la deserción de los soldados realistas aumentaba de día en día y que la plaza no podía tardar en entregarse, falta de defensores armados. Así, durante el 18 de mayo mediaron aún algunas comunicaciones por escrito entre él y Quintanar, dando término á esta correspondencia la resolución adoptada por éste último, con la cual creyó dejar á salvo su honor militar. En la tarde del día 19 salió del recinto fortificado en compañía de su segundo Rodríguez de Cela; una vez fuera de trincheras entregó á este jefe una orden escrita en que le prevenía que tomase el mando superior de la guarnición, y en seguida le manifestó que en aquel momento marchaba al cuartel general de Iturbide á incorporarse con los independientes. Acompañado de seis dragones que quisieron escoltarle, se dirigió, en efecto, al convento de San Diego, donde fué recibido con entusiastas aclama-

ciones, y el mismo Iturbide salió á su encuentro felicitándole vivamente por la resolución que había adoptado ¹.

El teniente coronel Rodríguez de Cela, ganado de antemano por el prestigio é influencia que ejercía Iturbide en aquellos que se le acercaban, y puesto al frente de una guarnición reducida por las incesantes deserciones á poco más de seiscientos hombres, se apresuró á dirigir al comandante en jefe del ejército libertador el siguiente oficio:

«Desde el momento en que la responsabilidad del señor Quintanar ha pasado á mí, paréceme conveniente proceder con V. S. á una composición razonable que salve mi honor. Con objeto de activar todo lo posible, me parece que V. S. se sirva nombrar uno ó dos jefes que entren en la plaza, con quienes arreglaré los artículos de convenio en esta misma noche, que serán presentados á V. S. en el momento para los fines consiguientes. Tengo el honor de ofrecer á V. S. mis respetos y consideraciones. Dios, etc. Valladolid, 19 de mayo de 1821.»

Conforme Iturbide con esta invitación envió inmediatamente al interior de la plaza á los sargentos mayores don Joaquín Parres y don José Antonio Matiauda, quienes ajustaron con Cela una honrosa capitulación, quedando convenido en ella que las tropas de la guarnición que así lo deseasen podrían retirarse á México, sin tocar en Toluca, con los honores de la guerra y llevando sus armas, entregándoseles los auxilios necesarios para el viaje, durante el cual no serían hostilizadas ni ellas hostilizarían; los enfermos que quedasen en la plaza serían atendidos hasta su completo restablecimiento, y á los que deseasen incorporarse con las tropas que se retiraban á la capital se les daría pasaporte; todo ciudadano particular que quisiese seguir á la guarnición podría hacerlo, concediéndosele ocho días para el arreglo de sus asuntos; y los que prefirieran quedarse, así como las familias de los que marchasen, no serían molestados, sino antes bien protegidos por las autoridades. Por último, la artillería, las armas excedentes y las municiones serían entregadas al comisionado del primer jefe del ejército trigarante ².

¹ *Diario* antes citado; véase también *Cuadro histórico* de Bustamante, tomo V, pág. 157, edición de 1846.

² CAPITULACIÓN DE VALLADOLID

«ARTÍCULO PRIMERO. Las tropas de la guarnición saldrán con los honores de la guerra y con sus armas, por el paraje, día y hora que se señale, tambor batiente, dos *violentos* con sus municiones, ocho cajones con las de fusil, mecha encendida, y por el camino más corto se dirigirán á México, sin tocar en Toluca y sin hostilizar ni ser hostilizadas, para cuyo fin se servirá expedir órdenes convenientes el señor don Agustín de Iturbide, Primer jefe del ejército de las *Tres Garantías*; y á mayor abundamiento podrá conceder en rehenes los dos sujetos que el mismo señor jefe nombre, quienes se volverán de las inmediaciones de México.

»ART. 2.º Para lo que necesite la tropa durante su marcha, se darán al señor teniente coronel don Manuel Rodríguez de Cela los reales que fuesen bastantes.

»ART. 3.º Los enfermos que queden en la plaza serán cuidados hasta su entero restablecimiento y se les facilitará pasaporte, para su incorporación, á los que lo soliciten.

»ART. 4.º Todo ciudadano que guste marchar con la guarni-

La guarnición, reducida á menos de seiscientos hombres, salió de Valladolid á las ocho de la mañana del 22 de mayo, y de conformidad con el artículo respectivo de la capitulación, pasó el sargento mayor don Francisco Cortazar á recibir la artillería, armas y municiones. Cuarenta y cinco cañones de varios calibres, más de mil fusiles y una enorme cantidad de vestuario y de municiones de guerra fueron los trofeos de esta campaña, en la que no se derramó una sola gota de sangre, habiéndose hallado Iturbide más de cien mil pesos en las arcas públicas, procedentes de los ramos de tabaco, alcabalas, pólvora y papel sellado ¹. Los habitantes de Valladolid acudieron presurosos al convento de San Diego y allí felicitaron al primer jefe del ejército por el pronto y feliz término del asedio. Cantóse un *Te-Deum* en la iglesia de aquel mismo convento, y concluida esta función religiosa Iturbide entró en la ciudad á la cabeza de sus brillantes tropas. «Colgadas, salvas, repique general de campanas (dice un impreso publicado en Valladolid el mismo día de la entrada), los vivas de un inmenso pueblo agolpado en la calle Real y en la plaza, y las cordiales manifestaciones con que el ayuntamiento, el cabildo eclesiástico, los empleados públicos, los prelados y todas las personas de representación desempeñaron su deber, anunciaban el regocijo más puro con que este vecindario recibía su libertad del héroe vallisoletano, cuyo nombre llena de gloria la extensión de nuestro país, abate el orgullo de los enemigos de nuestra felicidad y será la admiración y envidia de los pueblos cultos.» El teniente coronel don Miguel Torres fué nombrado comandante militar de la plaza, y con los soldados de la antigua guarnición realista que se pasaron á los independientes durante el asedio, formó Iturbide un cuerpo que llamó de *la Unión*, poniéndolo á las órdenes del coman-

ción podrá hacerlo, y los que deseen salir después de la ciudad podrán hacerlo también, concediéndoseles ocho días para el arreglo de sus intereses, al cabo de los cuales marcharán con igual seguridad que si lo hiciesen con las tropas.

»ART. 5.º Ningún ciudadano de cualesquiera clase, patria y condición de los que queden en la plaza será incomodado por sus opiniones anteriores, ya las hayan vertido de palabra ó por escrito; y las familias que queden de los que marchen, sean militares, simples ciudadanos ó empleados, serán comprendidas en ese artículo, y serán asimismo respetadas y protegidas, en caso de insulto, por el jefe que mande la plaza, quien les facilitará los pasaportes para donde les convenga, luego que los soliciten.

»ART. 6.º El señor jefe del ejército sitiador podrá comisionar á un jefe que reciba la artillería y parque, quedando al evacuar la plaza un sargento, un cabo y diez soldados de la guarnición á sus órdenes, para custodia de dichos efectos interin entran las tropas sitiadoras.

»ART. 7.º Se proveerá á la guarnición de las mulas necesarias para el transporte de sus equipajes.

»ARTÍCULO ADICIONAL. La ropa de la tropa que ha pasado de la plaza á los independientes y la de aquella que últimamente se le reuna, ha de entregárseles.

»Fecho en Valladolid de Michoacán, á 20 de Mayo de 1821.—El comandante de la plaza, *Manuel Rodríguez de Ceta*.—Los comisionados por el Señor Primer jefe del ejército de las *Tres Garantías* para arreglar esta capitulación, *Joaquín Parres*.—*José Antonio Matiauda*.»

¹ Documento publicado en la imprenta portátil del ejército. (*Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos). Alamán asienta equivocadamente que la salida de la guarnición realista se efectuó el 21 de mayo.

dante don Juan Domínguez. Pocos días antes de la capitulación se incorporó en el ejército independiente don Juan José Andrade con la mayor parte del regimiento de dragones de Nueva Galicia que estaba bajo su mando.

Mientras que Iturbide á la cabeza de sus numerosas tropas asediaba á Valladolid y conseguía apoderarse de esa ciudad sin disparar un solo tiro, la revolución volvía á estallar en la escabrosa zona donde imperaron por tanto tiempo los terribles Villagranes. El doctor Magos proclamó el Plan de Iguala en Ixmiquilpam, y á su voz alzaronse en armas los belicosos habitantes de las sierras del Doctor y Zimapán, y también los de Huichapam y Nopala. Para atacar á estos enemigos que tan próximos á la capital se levantaban, dispuso el gobierno vireinal que saliese á combatirlos el coronel don José María Novoa con una fuerte sección de caballería, formada de piquetes de los regimientos Frontera, Sierra Gorda, Príncipe y Urbanos de San Juan del Río. Este jefe recurrió con empeño las ásperas serranías recogiendo algún botín de guerra, y el 23 de mayo (1821), no lejos de Ixmiquilpam, dió alcance á la partida de Magos, de la que mató sesenta hombres y dispersó á los restantes, que fueron tenazmente perseguidos por don Julián Juvera, oficial de los dragones de Frontera ¹.

La angustiosa situación de Acapulco, asediada de cerca por el coronel independiente don Juan Álvarez, había obligado al gobierno vireinal á mandar en su auxilio la sección del coronel Márquez Donayo, la cual hemos dejado en Taxco después de su infructuosa excursión á Zacualpan. Por parte de los independientes, la división de Echávarri, después de permanecer todo el mes de abril y principios de mayo en Chilpancingo, había marchado al interior, reuniéndose con el grueso del ejército libertador de Yurécuaro, y Guerrero, como hemos dicho en el capítulo anterior, recibió órdenes terminantes y repetidas del primer jefe (Iturbide) para que no impidiese el paso á la sección de Márquez Donayo en el caso favorable de que avanzase en auxilio de los realistas de Acapulco ². Quizás era el propósito de Iturbide facilitar la entrada del enemigo en una zona malsana, y más aun en aquella estación en la que las enfermedades y rigores del clima lo acabasen más completamente que pudieran los choques de armas. No es de admirar, por lo mismo, que Márquez Donayo avanzase sin obstáculos hasta Acapulco y que entrase en esa población el 16 de mayo, habiéndose retirado previamente el coronel Álvarez que la asediaba. El historiador Alamán, quizás sin conocer las órdenes de Iturbide que ya hemos citado, dice que Guerrero se retiró del camino sin intentar siquiera disputar á Márquez el paso, dejando entender que obró así por impericia ó falta de resolución. Y el

¹ *Gacetas de México* correspondientes al 26 y al 29 de mayo de 1821. (Partes del coronel Novoa).

² Se hallan estas órdenes en la *Colección de documentos inéditos* que posee el señor general Riva Palacio y que fueron de su abuelo el general Guerrero.

mismo autor añade que esa conducta de Guerrero se atribuyó á mala inteligencia con Iturbide, y dió motivo á que el primero publicase un manifiesto protestando la sinceridad con que había proclamado el Plan de Iguala. En efecto, el gobierno vireinal emprendió en aquellos días la tarea de desunir á los dos caudillos más notables de la revolución, propalando que el noble y generoso héroe del Sur pretendía sujetar á sus órdenes al primer jefe del ejército trigarante. El manifiesto de Guerrero tuvo por objeto desvanecer esos rumores, declarando en él que Iturbide era su jefe, á quien obedecía ciegamente, como lo había protestado desde el momento en que ambos se concertaron y unieron sus fuerzas para luchar por la independencia ¹.

Márquez Donayo se proponía recorrer la Costa grande y batir á las numerosas partidas que mantenían vivo en ella el fuego de la revolución, pero apenas llegado á Acapulco recibió orden de Apodaca para volver violentamente á la capital, con motivo de los graves sucesos ocurridos en el rumbo del Oriente. Obedeció aquel valiente militar la superior disposición, dejando á Acapulco expuesto á un nuevo asedio, pues al retirarse debían volver á bloquearlo las tropas del coronel Álvarez. Marchó Márquez hacia el Norte con cuanta rapidez le fué posible, y al llegar á Tixtla (3 de junio), previno á don Cristóbal Húber, comandante realista á quien suponía en Huitzucó, que hiciese un movimiento hacia Tenango, para proteger á su sección en el paso del Mexcala.

Precisamente el mismo día 3 de junio Húber se hallaba combatiendo en Tetecala y alcanzaba una sangrienta victoria sobre las partidas de Ascensio. Este valiente campeón de la independencia, al saber la marcha de Márquez Donayo hacia Acapulco, resolvió dirigirse al distrito de Cuernavaca creyendo que era oportuna la ocasión para batir con éxito á los pequeños destacamentos del enemigo que allí habían quedado. Seguido de la mayor parte de sus fuerzas marchó contra el pueblo de Tetecala, á cuya vista se presentó el 2 de junio, é inmediatamente intimó rendición al comandante realista. Era éste el capitán don Dionisio Boneta, quien habiendo recibido anticipado aviso del movimiento de Ascensio, despachó un correo violento á Húber llamándolo en su auxilio. Rechazó con altivez la intimación y acto continuo principió el combate, que se prolongó hasta las diez de la noche, hora en que Ascensio retiróse con sus tropas á las haciendas de Miacatlán y del Charco.

Húber había reunido entretanto una fuerte sección compuesta de dragones de la reina Isabel, urbanos de Huitzucó y Tepecuacuilco, y un centenar de mozos de la hacienda de San Gabriel (propiedad de la familia Yermo), armados, y llevando á su frente al administrador de esa finca don Juan Bautista de la Torre. Seguido de toda

esta gente Húber marchó con rapidez en dirección á Tetecala, y llegó á las orillas del pueblo en la mañana del 3 de junio, cuando los independientes renovaban con mayor ardimiento el ataque interrumpido la noche anterior. Ascensio resolvió salir al encuentro de la sección de Húber con un trozo de sus tropas; y se empeñó rudo combate en el punto llamado las Milpillas; pudo uno de los hombres de la hacienda de San Gabriel acercarse á Ascensio en medio del tumulto de la pelea, y de un solo machetazo le dejó sin vida. Esto decidió la victoria á favor de los realistas, que persiguieron con sangrienta saña á los fugitivos. La cabeza del bravo Ascensio fué cortada del tronco y Húber la envió á Armijo, que se hallaba en Cuernavaca, donde fué expuesta en un paraje público ¹. Con Pedro Ascensio perdió la patria uno de sus más intrépidos y constantes defensores, y sucumbió aquel valiente cuando la independencia iba á lucir para México, como merecido premio de los esfuerzos heroicos de sus hijos. El historiador Alamán, que casi nunca elogia los reconocidos méritos de tantos varones ilustres que se sacrificaron por la libertad de México, dice de Ascensio lo siguiente, aunque con algunas falsas é injustas apreciaciones: «Era hombre de valor y de mucha viveza para el género de guerra de montaña que era acomodada al terreno que ocupaba, y había logrado tener en inquietud todo el extenso territorio que se prolonga desde las puertas de Toluca hasta el Mexcala, siendo obra de sus esfuerzos todo lo más importante que se hizo en el Sur, aunque se haya aplicado á otros la gloria de ello, no quedándole á Ascensio ni aun la de que su nombre se haya inscrito en el salón del Congreso, en el que se han puesto los de varios que no hicieron tanto como él.»

La noticia del triunfo que acababa de alcanzar Húber alentó á Márquez Donayo á pasar el Mexcala sin esperar el movimiento combinado que había prevenido á aquel comandante; traspuesto el río prosiguió su marcha á través del distrito de Cuernavaca y entró con su fatigada división en la capital hacia mediados de junio. Nada había hecho de notable el valiente Márquez durante la correría estéril que le obligaron á hacer las órdenes del gobierno, pero eso no fué obstáculo para que Apodaca, siempre inclinado á lo teatral, saliese al

¹ Bustamante ha publicado este manifiesto en su *Cuadro histórico*, tomo V, págs. 147 á 150, edición de 1846.

¹ El historiador Bustamante dice, con motivo de la muerte de Pedro Ascensio, lo siguiente: «Este fué uno de los acontecimientos más deplorables para la nación mexicana. Ascensio tenía sitiado á Tetecala, y como por el Plan de Iguala se propuso la moderación en las acciones militares y trató de economizar el derramamiento de sangre por entrambas partes, Ascensio, confiado en que se le trataría bien por Húber, marchó á tener una entrevista con él y se separó del grueso de su tropa con una compañía de soldados; pero los realistas se le cargaron y envolvieron, quitándole la vida, y muriendo casi todos los que le seguían escoltándolo.» (Véase nota de la página 258, tomo V del *Cuadro histórico*, edición de 1846). — Nosotros, á falta de otros datos que apoyen la opinión de Bustamante, hemos seguido los partes de los jefes realistas Armijo y Húber, que fueron publicados en la *Gaceta de México* correspondiente á los días 9 y 14 de junio de 1821. — Alamán niega rotundamente la afirmación de Bustamante, pero sabido es que el primero de estos historiadores niega ó atenúa todas las atrocidades y felonías cometidas por los realistas.

